

Por una poética, política y subversión del vínculo en las instituciones contemporáneas:

Amalia Alarcón, Luciana Bianchera, Paloma González y Alicia Monserrat

Compartimos un recorrido de pensamiento, una interrogación existencial y conceptual que surge del encuentro, la intimidad y la construcción conjunta entre colegas. Al amparo de un ECRO compartido y en una actitud íntima de rebeldía, nos reconocemos en una posición subversiva. Nos planteamos una pregunta urgente: ¿qué ha sido de nuestro ser mujeres, trabajadoras y profesionales en un mundo atravesado por demandas de pasividad, aplanamiento e inercias institucionales, y por la persistencia de formas sutiles o violentas de machismo? Para abordar este laberinto vincular, donde coexisten el encierro y la apertura, la repetición y la novedad, la destrucción y la creación, proponemos articular tres dimensiones: la concepción operativa social del vínculo, el pensamiento histórico-crítico y el feminismo materialista. Ello nos encamina hacia un *psicoanálisis subversivo*, que no parte del individuo para llegar al vínculo, sino del vínculo para producir subjetividades. A partir de este marco, estructuramos nuestra reflexión en tres perspectivas:

I. La trama inconsciente y de género en la vincularidad: Nuestros encuentros iniciales hicieron emerger los vínculos familiares y cómo el ser femenino determina la cualidad de estos. Nos encontramos con nuestras madres, el vínculo más primario y simbiótico. Reconocimos la enorme potencia que hemos interiorizado de ellas, pero también las intensas contradicciones y reproches que lo habitan. El salto generacional ha transformado la vida de las mujeres en apenas unos decenios; pero constatamos la dificultad para conservar los avances logrados frente a los retrocesos sociales. A veces, este vínculo complejo empuja a un distanciamiento abrupto entre mujeres, dejando un poso melancólico y decepciones no perdonadas. En contraste, el vínculo paterno suele aparecer teñido de admiración, tal vez porque la distancia lo permite y al "tercero" se le exige menos. Es necesario este proceso para aceptar e integrar la alteridad. Nuestra relación como mujeres con el poder es compleja. Tradicionalmente, se

habla de la humildad en los vínculos de cuidado como una cualidad de lo relacional femenino. No queremos renunciar a ella, especialmente en tiempos de luchas narcisistas obscenas. Pero proponemos rescatarla de las trampas del patriarcado: no la entendemos como sometimiento, amabilidad obligada, sonrisa permanente o sufrimiento silencioso. Reivindicamos una humildad creativa y cooperativa que nos permita apropiarnos de tareas y proyectos, sosteniendo el respeto por la condición humana y la ecología. Esta mirada nos obliga a integrar el género no como un tema accesorio, sino como parte de la textura misma del vínculo. Dialogando con Marie Langer, recordamos que el psiquismo se constituye en el contexto histórico-social: los ideales y mandatos de género son producciones históricas de cada contexto social que organizan la vida psíquica. Asimismo, de la mano de Ana María Fernández, afirmamos que el género no puede pensarse desgajado de las condiciones materiales de existencia. La desigualdad se articula con el patriarcado y con una división sexual del trabajo que reparte de modo desigual el cuidado, el tiempo y la palabra. Un psicoanálisis subversivo de la grupalidad exige historizar y desnaturalizar estas matrices cartografiadas por la desigualdad.

II. Por una poética del trabajo en las instituciones: la artesanía del vacío Esta posición ética nos lleva a plantear la necesidad de una "tensión subversiva" en nuestras prácticas laborales para introducir pequeñas sacudidas o grietas que rompan repeticiones cansadas y defensas tranquilizadoras que nos hicieran caer en el estereotipo. Se trata de resistir al guion ya escrito y al hábito cuando este empieza a contener aspectos mortíferos. Para ello, invocamos una actitud poética en las instituciones de formación y cuidado. Recuperando el significado griego de *pòiesis*, la poética se vincula al hacer del artesano. Esto implica nivelar nuestra omnipotencia mediante la conciencia del azar, el imprevisto generativo y la casualidad. El recorrido es lo que cuenta y en ese proceso nuestro faro es la escucha de los emergentes; la ansiedad de curación no debe cegarnos, pues los efectos operan *après-coup*: lo sabremos solo después, o quizás nunca, o de nuevo por pura casualidad. Tejer el elogio de la humildad es, en estos tiempos, una práctica profundamente subversiva. Etimológicamente, la humildad es la disposición de quien está en contacto con la materia de la que surgió, la dignidad del ser humano. Llevada al plano institucional, esta poética exige concebir y construir organismos de "estructura cóncava" (que indica vacío). Una institución suficientemente buena no invade ni sobresale; se modula para que el otro pueda

acomodarse. Esto nos exige realizar un trabajo de vaciamiento individual y grupal para apartar a la institución de sus automatismos protocolarios y devolverle su humanidad. Evocando tanto a Pichon-Rivière como a Lacan y el secreto del alfarero, el alfarero no impone una forma arbitraria, sino que se pone a disposición de la vocación intrínseca contenida en la materia, porque nada se hace a partir de la nada. El vacío nos permite suspender el hacer, dar lugar a lo místico y habilitar espacios donde el pensamiento, el afecto y la escucha auténtica sean posibles.

III. La función política de la grupalidad y la fuerza subversiva del testimonio:

El vaciado y la humanización de las instituciones no es solo una tarea poética, sino una vocación eminentemente política. Las instituciones están destinadas a la acogida de la vida en sus excesos: la enfermedad, la locura, la violencia y la muerte. Deben funcionar como espacios de sostenimiento donde el sistema se detiene, permitiendo que se piense, se cure y se reflexione. Hoy constatamos que los grupos de formación e instituciones sufren un creciente caos estructural y organizativo, severamente agravado tras la pandemia de la COVID-19, lo que precariza los vínculos que generan. Se vuelve imperativo construir equipos de trabajo conjuntos que funcionen como catalizadores del cambio, escuchando a las nuevas generaciones que demandan liderazgos distintos. Frente a la desvalorización de la subjetividad por parte de una supuesta "ciencia verdadera" eminentemente cuantitativa, reivindicamos de manera contundente el valor del testimonio en la investigación cualitativa y en la clínica. El testimonio posibilita la aparición de la fuerza subversiva de la verdad, transformando lo cuantitativo en cambios cualitativos y desvelando potentes dinámicas de solidaridad y acompañamiento. Esta potencia del testimonio y del cuidado grupal ante el dolor resuena con múltiples movimientos globales femeninos que van produciendo subjetividad y sacudiendo conciencias. Encontramos inspiración política en las imágenes de madres palestinas e israelíes caminando juntas en Roma; en las Madres y Abuelas de Mayo en Argentina; en las manifestaciones del 8 de marzo; o en las voces de Malala Yousafzai y Greta Thunberg. Asimismo, la posibilidad actual de nombrar colectivamente el trauma y el abuso a través de movimientos como el *MeToo*, el "Ni una menos" contra el feminicidio y la violencia machista en Sudamérica, demuestran que el dolor puede dejar de ser un padecimiento silencioso para convertirse en un lazo solidario de transformación.

Verso una poetica, una politica e una sovversione del legame nelle istituzioni contemporanee:**Amalia Alarcón, Luciana Bianchera, Paloma González e Alicia Monserrat.**

Condividiamo un percorso di pensiero, un'indagine esistenziale e concettuale che nasce dall'incontro, dall'intimità e dalla costruzione congiunta tra colleghe. Sotto l'egida di un ECRO (Quadro Concettuale di Riferimento per la Pratica) condiviso e in un intimo atteggiamento di ribellione, ci riconosciamo in una posizione sovversiva. Poniamo un interrogativo urgente: che fine ha fatto il nostro essere donne, lavoratrici e professioniste in un mondo permeato da richieste di passività, appiattimento e inerzia istituzionale, e dalla persistenza di forme di sessismo sottili o violente? Per affrontare questo labirinto relazionale, dove coesistono confinamento e apertura, ripetizione e novità, distruzione e creazione, proponiamo di articolare tre dimensioni: la concezione sociale operativa del legame, il pensiero storico-critico e il femminismo materialista. Questo ci conduce verso una psicoanalisi sovversiva, che non parte dall'individuo per arrivare al legame, ma piuttosto dal legame per produrre soggettività. Da questo quadro, strutturiamo la nostra riflessione attorno a tre prospettive:

I. Le dinamiche inconsce e di genere delle relazioni

I nostri primi incontri hanno portato alla luce i legami familiari e come l'esperienza femminile ne determini la qualità. Abbiamo incontrato le nostre madri, il legame più primario e simbiotico. Abbiamo riconosciuto l'enorme potere che abbiamo interiorizzato da loro, ma anche le intense contraddizioni e i rimproveri che vi risiedono. Il salto generazionale ha trasformato la vita delle donne in pochi decenni; tuttavia, abbiamo osservato la difficoltà nel preservare i progressi raggiunti di fronte alle battute d'arresto sociali. Talvolta, questo legame complesso spinge le donne verso un brusco distacco, lasciando un residuo malinconico e delusioni irrisolte. Al contrario, il legame paterno appare spesso venato di ammirazione, forse perché la distanza lo permette e si chiede meno alla "terza parte". Questo processo è necessario per accettare e integrare l'alterità. Il nostro rapporto, in quanto donne, con il potere è complesso. Tradizionalmente, l'umiltà nelle relazioni di cura viene considerata una qualità tipica delle relazioni femminili. Non vogliamo rinunciarvi, soprattutto in tempi di oscure lotte narcisistiche. Ma proponiamo di liberarla dalle trappole del patriarcato: non la intendiamo come sottomissione, gentilezza forzata, sorriso costante o sofferenza silenziosa.

Sosteniamo un'umiltà creativa e cooperativa che ci permetta di assumerci la responsabilità di compiti e progetti, nel rispetto della condizione umana e dell'ambiente. Questa prospettiva ci spinge a integrare il genere non come questione incidentale, ma come parte integrante del tessuto stesso della relazione.

In dialogo con Marie Langer, ricordiamo che la psiche si costituisce all'interno di un contesto socio-storico: gli ideali e i dettami di genere sono prodotti storici di ogni contesto sociale che organizza la vita psichica. Allo stesso modo, seguendo Ana María Fernández, affermiamo che il genere non può essere concepito isolatamente dalle condizioni materiali dell'esistenza. La disuguaglianza è intrecciata al patriarcato e a una divisione sessuale del lavoro che distribuisce ineguale cura, tempo e discorso. Una psicoanalisi sovversiva delle dinamiche di gruppo richiede di storicizzare e denaturalizzare queste matrici tracciate dalla disuguaglianza.

II. Verso una poetica del lavoro nelle istituzioni: l'arte del vuoto

Questo atteggiamento etico ci porta a considerare la necessità di una "tensione sovversiva" nelle nostre pratiche lavorative, introducendo piccoli scossoni o crepe che rompano le ripetizioni stancanti e le rassicuranti difese che ci indurrebbero a ricadere negli stereotipi. Si tratta di resistere al copione prestabilito e all'abitudine quando cominciano a contenere aspetti fatali. A tal fine, invochiamo un atteggiamento poetico negli istituti di formazione e cura. Recuperando il significato greco di poiesis, la poetica si lega all'arte dell'artigiano. Ciò implica livellare la nostra onnipotenza attraverso la consapevolezza dell'imprevisto generativo e della casualità. È il viaggio che conta e, in questo processo, il nostro faro è l'ascolto di ciò che emerge; l'ansia della guarigione non deve accecarci, perché gli effetti si manifestano nell'après-coup, a posteriori: li conosceremo solo più tardi, o forse mai, o ancora per puro caso. Tessere l'elogio dell'umiltà è, in questi tempi, una pratica profondamente sovversiva. Etimologicamente, l'umiltà è la disposizione di chi è in contatto con la materia da cui ha avuto origine, la dignità dell'essere umano. Applicata al livello istituzionale, questa poetica richiede di concepire e costruire organizzazioni con una "struttura concava" che alluda al vuoto. Un'istituzione sufficientemente valida non invade né sopraffà; si modula in modo che gli altri possano accomodarvisi. Ciò richiede un processo individuale e collettivo di svuotamento di sé stessi per separare l'istituzione dai suoi automatismi dettati dai protocolli e restituirle la sua umanità. Evocando Pichon-Rivière e Lacan, e il segreto del vasaio, quest'ultimo non impone una forma arbitraria, ma si rende disponibile alla vocazione intrinseca contenuta nella materia, perché nulla è fatto dal nulla. Il vuoto ci permette di sospendere l'azione, di dare spazio al mistico e di creare spazi in cui siano possibili il pensiero, l'affetto e l'ascolto autentico.

III. La funzione politica delle dinamiche di gruppo e il potere sovversivo della testimonianza

Lo svuotamento e l'umanizzazione delle istituzioni non sono un mero compito poetico, ma una vocazione eminentemente politica. Le istituzioni sono destinate ad accogliere la vita nei suoi eccessi: malattia, follia, violenza e morte. Devono funzionare come spazi di sostegno dove il sistema si ferma, consentendo il pensiero, la cura e la riflessione. Oggi osserviamo che i gruppi di formazione e le istituzioni soffrono di un crescente caos strutturale e organizzativo, gravemente aggravato dalla pandemia di COVID-19, che indebolisce i legami che esse creano.

Diventa imperativo costruire gruppi di lavoro collaborativi che agiscano da catalizzatori di cambiamento, ascoltando le nuove generazioni che richiedono una leadership diversa. Di fronte alla svalutazione della soggettività da parte di una presunta "vera scienza" eminentemente quantitativa, riaffermiamo con forza il valore della testimonianza nella ricerca qualitativa e nella pratica clinica. La testimonianza permette l'emergere del potere sovversivo della verità, trasformando il quantitativo nel qualificare e rivelare potenti dinamiche di solidarietà e sostegno. Questa forza di testimonianza e di cura collettiva di fronte al dolore trova riscontro in numerosi movimenti femministi globali che stanno plasmando la soggettività e scuotendo le coscienze. Cogliamo ispirazione politica nelle immagini di madri palestinesi e israeliane che camminano insieme a Roma; nelle Madri e Nonne di Maggio in Argentina; nelle manifestazioni dell'8 marzo; o nelle voci di Malala Yousafzai e Greta Thunberg. Allo stesso modo, l'attuale possibilità di dare un nome collettivo al trauma e all'abuso attraverso movimenti come MeToo e "Ni una menos" contro il femminicidio e la violenza di genere in Sud America dimostra che il dolore può cessare di essere una sofferenza silenziosa e diventare un legame di solidarietà verso la trasformazione.